

El andamio



Emma

Barrandéguy

EL ANDAMIO



Emma Barrandéguy

»» EDUNER ««

BARRANDÉGUY, EMMA (1914-2006)

El andamio / Emma Barrandéguy ;

1.^a ed.

Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2017

96 pp. ; 23 x 16 cm

(Cuadernos de las orillas; 8)

ISBN: 978-950-698-385-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novela Autobiográfica. I. Mondejar, Guillermo, edición. II. Franzot, Evangelina, prólogo.

CDD A863

C U A D E R N O S D E L A S O R I L L A S

Edición y coordinación

Guillermo Mondejar

Presentación

Evangelina Franzot

Equipo editorial

Manuel Siri

Alexis Chausovsky

© EDUNER, 2017

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos

Córdoba 475

E3100BXI

Paraná, Entre Ríos, Argentina

eduner@uner.edu.ar

www.eduner.uner.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11 723.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11 723 y 25446.

Editado e impreso en Argentina.

ÍNDICE

7 *Presentación*

17 EL ANDAMIO

91 *Principales obras de la autora*

«Ese parral tiene demasiadas hojas, la uva no va a madurar bien», pensó mientras miraba al patio luminoso desde su vieja y querida cama de hierro y bronce.

Estaba enferma. Toda la noche había tenido náuseas. Era, sin la menor duda, una de esas indigestiones propias de los días de vacaciones y de las viejas recetas caseras que tanto ansiaba comer, muchas veces, en Buenos Aires.

Primero, su padre había recetado un té de ajeno y luego su madre uno de manzanilla. Los había tomado sin protestar. Y también el que indicó más tarde Francisca, la lavandera, y que era una mezcla de varios yuyos. «Francisca, que con más de setenta años conserva una sonrisa llena de dientes blancos», se dijo a sí misma.

El malestar había cedido, pero su madre no la dejaba levantarse de la cama y había puesto en la puerta mientras ellos almorzaban, y pese a sus protestas, una de las muchachas para que «vigilara si necesitaba algo». No había más alternativa que recostarse y pensar. Paseó la mirada por el cuarto, poblado de muebles. Eran trastos diferentes, empujados hacia las paredes, sin estilo determinado.

Su madre había soñado toda la vida con un mobiliario uniforme, completo: «juegos», como decían los avisos, «comedor instalado», dormitorios con mesas de luz. Pero del fracaso de

sus sueños daban testimonio, justamente, los muebles de la casa. Armarios de bisabuelos, pintados por encima del lustre; armaritos de tabla y una butaca forrados de cretona gracias a la habilidad carpintera de algún recién casado de la familia; otro armario aún con una cortina de tela de hilo blanco que lo cubría y donde estaba instalado el lavabo grande de loza y la jarra del agua; baúles en que yacían desde lejanas mudanzas, cuadros, vajilla y «el sobretodo fino de tu padre», que ella no recordaba haber visto nunca. También había una percha de hierro pintada de amarillo donde colgaban las bombachas y el cinto del padre, y sillas de viena diversas, cuyas tuercas flojas era habitual ajustar al sentarse a la mesa. Estos muebles cubrían superficies y la posible belleza de algunos moría entre la opacidad y despajeo colorido de los otros.

En este cuarto suyo quizá se salvaran el ropero de la esquina –colocado allí para tapar la puerta clausurada que da a la casa vecina–, con su eterno y fresco ramo de margaritas en el ángulo inferior del espejo... Y la cómoda del tío, con sus cajones atrancados. Y aquel viejo sillón colonial donde hamacaban ella y su hermana, en la infancia, los dolores de muelas.

Sí, una de las cosas agradables que proporcionaba el pasar unos días en la casa paterna era precisamente esa: hamacarse en el sillón. En Buenos Aires los sillones sólo se veían en casas de antigüedades. Sus patas escandalosas fastidiaban ahora hasta a las abuelas. Aquí, hamacarse era marcar el ritmo de la desocupación, gozar los minutos, reflexionar. Hamacarse por la mañana, mientras estaba en danza el trajín de la casa y por las tardes, mientras recuperaba la costumbre del mate.

Las paredes casi desnudas y el arreglo abigarrado del cuarto recordaban, como en otras casas provincianas de mediana

condición, a ciertas decoraciones de García Lorca, pero aquel amontonamiento de armaritos, botineros, baúles sobre soportes de madera y mesitas de luz heredadas o improvisadas, achicaba la nobleza de las piezas enormes. No había visto nunca salir muebles de su casa. Todos los que habían ingresado con el transcurso de los años, se habían ido llenando despacio de objetos en desuso, cajas, retazos y numerosos repasadores, servilletas o pañuelos hechos de prendas ya gastadas.